

## LO BUENO, LO BELLO Y LA VERDAD EN ODONTOLOGÍA

Teniendo en cuenta las tres viejas cuestiones fundamentales: lo bueno, lo bello y la verdad podría edificarse una nueva concepción de nosotros, los humanos, que tuviera en cuenta la biología, la sociología y la historia.

La odontología como ciencia de la salud tiene su eje principal en lo bueno, es decir la ética, se distingue por darle importancia a lo bello, la estética, y está fundamentada sobre la verdad: la ciencia.

La ética y la estética tienen que ver con los valores, se refieren a los sentimientos y las emociones, aspectos de la información olvidados por la informática. La ética problematiza las dos caras de un valor: el bien, o lo bueno, y el mal, o lo malo. En la acción, en la práctica o praxis, es la moral, con sus normas. La estética lo hace con la belleza y la fealdad. Su praxis es el arte. La ciencia usa el razonamiento y supone un mundo “real”, su praxis es la contrastación de los hechos.

Las tres forman parte de la información, que es una propiedad emergente, propia y exclusiva de los sistemas vivientes, indispensable para eludir temporalmente la inevitable entropía, haciendo posible la adaptación y la evolución. La información, junto a la materia y la energía, es uno de los tres constituyentes básicos, indispensables de la vida.

La teoría de la información (Shanon), enunciada recién a mediados del siglo XX, brinda los elementos básicos para la informática. En ella se cuantifica el conocimiento, mediante sus probabilidades. Es mayor la información cuanto menor es la probabilidad de su ocurrencia. Dicen los periodistas que no es noticia que un perro muerda a un hombre, lo sería que un hombre mordiera a un perro<sup>1</sup>. Se maneja mediante el razonamiento y se mide en la memoria, en bits, bites (8 bits), y sus múltiplos de mil (mega, giga, tera, etc). No importan los contenidos; si es un color, un número o un nombre, solamente sus probabilidades. Es el núcleo de la moderna y avasallante informática, también la del razonamiento y la ciencia. Pero descuida la otra cara de la información, su contenido, lo que les da el *sentido*, y constituye la fuerza que mueve todo.

Cuando una de las fuentes o un destinatario es un ser vivo, se pasa del *universo* de la *señal* al del *sentido*, la voluntad, que es el ciego impulso que hace estirar el pseudópodo de la ameba hacia la partícula de alimento. Nosotros lo percibimos como sentimiento, como emociones (dolor, miedo, estado de alerta, estrés), como pasión y voluntad<sup>2</sup>. El *sentido* es tan primitivo como la vida misma, está en su esencia. Un mismo dato de una determinada cantidad de bits de información puede provocar distintas respuestas en diferentes individuos, de acuerdo con su contenido. La luz puede ser indiferente a un determinado ser vivo y provocar movimientos importantes en otros, de atracción o de repulsión, su *sentido* es distinto en cada caso. Lo mismo puede suceder con el oxígeno, o la acidez del medio, o la temperatura, o una sustancia nutritiva o tóxica. Es el componente cualitativo de la información, el que tiene en cuenta su contenido, que se había excluido en el tratamiento cuantitativo, es el que está atrás de los ocreos de van Gogh o en la melodía de fondo de las cuerdas en la obertura de Tanhäuser, o en el tono de voz de Mercedes Sosa. En la trama de la vida la estructura física (regida por la termodinámica de la masa y la energía) es modelada por la estructura informática que le da sentido. Interactuamos con el medio, dirigimos nuestra conducta atribuyendo un *valor* a sus fines, que construye nuestro *comportamiento*.

En el mundo de los valores humanos, el arte es fácilmente universal, nos conmovemos con el musulmán (en la Alambra, por ejemplo), o el japonés (en el cine de Akira Kurosawa), o el chino (la estética del Mundial de Fútbol), o el Indio (el Taj Mahal de la India). No ocurre lo mismo con la ética y la moral que tienen importantes diferencias religiosas y culturales. Mi generación tuvo especial conciencia de ellas con la lectura de un libro que hizo furor: *El país de las sombras largas* de Hans Ruesch. Ocurre que la ética se normatiza en cada cultura, con la maduración del niño y el aprendizaje del lenguaje, y algunas lenguas difieren en sus metáforas fundamentales. Sin embargo, muchos tenemos la esperanza de la existencia de una ética universal, natural para nuestra especie. Un indicio es, por ejemplo, que en nuestro país conviven pacíficamente culturas que en otros lugares se han agredido ferozmente.

La evolución permite la subsistencia de sólo aquellos comportamientos que no van en contra de la supervivencia y la reproducción de los individuos. Cuando viven en grupos, formando sociedades, el egoísmo personal debe ser limitado o no habrá ventajas en la coexistencia. Los deseos individuales, la ferocidad del cazador y la territorialidad del recolector, deben ponerse en sinergia con los sentimientos morales sociales, gregarios, de empatía y simpatía,

<sup>1</sup> Esta afirmación muy difundida en el ambiente periodístico pertenece al canadiense Max Aitkin, Lord Beaverbrock (1879-1964), que en 1910 adquirió el conocido diario Daily Express de Londres.

<sup>2</sup> Este pensamiento es de Schopenhauer.

que conducen al altruismo, visible en muchas especies, incluida la nuestra. La empatía es la capacidad de representarnos los estados mentales del otro y de reconocer las diferencias con el propio. La simpatía es la inhibición de la violencia, detener el gesto agresivo, eventualmente socorrerlo. Una primera toma de conciencia en nuestra cultura, han sido los derechos humanos, que señalan nuestros deberes frente a la pobreza, la guerra y la discriminación de sexo o raza, y la necesidad de una fraternidad universal, no confesional o ideológica.

La enorme influencia de la epigenética-cultural e individual de la educación en muchos casos alimentan el fundamentalismo político y religioso, y el totalitarismo económico, que abruma al planeta. Incluso la educación laica, si bien tolerante, carece de símbolos, como no sea el de la ganancia máxima, le faltan los unificadores que recurran a lo imaginario y pongan en sinergia el deseo y el placer, con lo normativo. El gran desafío de la humanidad parece ser encontrar esas normas éticas aceptables por todos, que armonicen con las disposiciones naturales de la especie, e independientes de la cultura de cada uno, de las distintas religiones, y de los conflictos que reinan en el mundo actual.

En nuestra cultura, los principios éticos universales se reclaman desde hace más de dos siglos con el enunciado de los derechos humanos fundamentales: libertad, fraternidad o solidaridad, e igualdad. La libertad y la igualdad tienen que ver con la empatía; y la fraternidad o solidaridad con la simpatía. Es interesante la contribución realizada por las ciencias de la salud, cuya ética se pone inmediatamente a prueba, al verificar sus consecuencias. Las profesiones del cuidado de la salud han debido enfrentar no sólo los viejos problemas morales sino también los nuevos que plantea el enorme desarrollo tecnológico realizado durante el siglo XX. Trabajan en el campo de los problemas éticos prácticos y sus soluciones y consecuencias. Y han contribuido a esa ética universal de forma contundente y novedosa. Lo han hecho pragmáticamente a través de reuniones internacionales y aplicado a través de los comités de ética, y, sorprendentemente, han elaborado normas de validez universal. El horror de las atrocidades cometidas por el nazismo y las relatadas por el informe Belmont, la experiencia de Macon en sífilis en USA, o la vacuna antidisentérica en huérfanos, generó por rechazo las normas éticas. Aparece el Código de Núremberg, la Declaración de Helsinki (1964-Última modificación 2004) de la CIOMS (Consejo de Organizaciones Internacionales de Ciencias Médicas) y las normas de la OMS y de la Conferencia Internacional de Armonización de Investigaciones Clínicas. Se consagran los cuatro principios universalmente admitidos, que concuerdan con los derechos humanos, proclamados en las tres revoluciones del siglo XVIII que cambiaron nuestro mundo, la "Gloriosa" inglesa que consagró la monarquía constituyente, y la división de los poderes; la Norteamericana, de la democracia y la Francesa, de la república y los derechos humanos. Los cuatro principios universalmente aceptados de la ética del ejercicio de las profesiones de la salud son:

1. Respeto de la autonomía (libertad), pasa de la perspectiva paternalista del profesional de la salud, a la del paciente, que tiene derecho a elegir o rechazar determinado tratamiento, que pueda influir en su calidad de vida, mas allá de su valor terapéutico.
2. La no-maleficencia (fraternidad, solidaridad) el "*primum non nocere*". Para el cuidado moderno de la salud, lo primero es no dañar.
3. La beneficencia (fraternidad, solidaridad), el paciente tiene derecho al mejor tratamiento.
4. La justicia (igualdad). Distribución equitativa de los recursos de la salud. La investigación en su ámbito con participación de pacientes, sólo se justifica si existen posibilidades razonables de que la población, sobre la que la investigación se realiza, pueda beneficiarse de sus resultados.

Pablo M. Bazerque\*

### Bibliografía elemental

1. Bazerque Pablo. El informe Pepe, La incógnita del cosmos, de la vida y del hombre ¿Su sentido? Editorial Dunken. Buenos Aires, 2008, 488 páginas.
2. Bunge Mario. Emergencia y convergencia. Novedad cualitativa y unidad de conocimiento (Original: Emergence and Convergence: Qualitative Novelty and the Unity of Knowledge, 2003. University of Toronto Press) Trad. R. González del Solar. Editorial Gedisa, S. A., Barcelona, 2004; 398 páginas.
3. Changeux Jean-Pierre. Sobre lo verdadero, lo bello y el bien. Un nuevo enfoque neuronal. (Original: Du vrai, du beau, du bien. Une nouvelle approche neuronale, Odile Jacob, noviembre 2008) Traducción: Julia Bucci. Katz Editore, Buenos Aires (Primera edición), 2010, 426 páginas.
4. Changeux Jean-Pierre, Riquoeur Paul. La nature et la Règle. Ce qui nous fait penser. Editions Odile Jacob, Paris, 1998, 348 páginas. Hay traducción al castellano: La naturaleza y la norma. Lo que nos hace pensar. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 2001, 318 páginas.
5. Eco Umberto. La estructura ausente. Introducción a la Semiótica. (Original: La struttura assente, V. Bompiani & C.S.p.A., 1968) Traducción: Francisco Serra Cantarell. Editorial Lumen, Barcelona (Quinta edición), 1999, 446 páginas.
6. Maliandi Ricardo. Ética: Conceptos y problema. Editorial Biblos. Buenos Aires, 3ª Edición, 2004, 207 páginas (1ª Ed. 1990, 93 páginas).
7. Vals Ramón. Ética para la bioética y a ratos para la política. Gedisa Editorial, Barcelona, 2003, 223 páginas.
8. Wagensberg Jorge; Jordi Agustí, Editores. El progreso: ¿un concepto acabado o emergente? Textos de las jornadas sobre Evolución y progreso que tuvieron lugar el 20 y el 21 de octubre de 1995, organizadas por el Instituto de Paleontología M. Crusafont de Barcelona. Tusquets Editores, Barcelona, 1998, 339 páginas.

\*Prof. Emérito Universidad de Buenos Aires.